



**ROMANCE TRAGICO**

**DE DOÑA SERAFINA ALCAZAR,**

Ó  
**EL HALLAZGO DEL CADAVER.**

No muy lejos de Vitoria,  
 en la gran Peña-Cerrada  
 se halla una cueva, que un tiempo  
 fue asilo de gentes malas.  
 Unos hombres cierto dia  
 por aquel sitio pasaban,  
 y por huir de la lluvia  
 en aquella cueva entraban;  
 y alli hallaron con asombro  
 una calavera humana,  
 y un papel que esto decia,  
 sin faltar una palabra:  
 Yo soy Serafina Alcázar,  
 que he sido de estas montañas

el asombro y el terror,  
 y la que hizo muertes tantas.  
 Cuando mi cuerpo se encuentre,  
 mi conciencia aqui me manda  
 que se halle escrita mi vida,  
 porque no se ignore nada:  
 hija fui de padres ricos,  
 y entre regalos criada,  
 y hasta que veinte años tuve,  
 viví como Dios nos manda.  
 Puse amor constante y fino  
 en Don Pedro de Lasauca,  
 jóven de prendas muy nobles,  
 si bien de fortuna escasa;

pero mi padre y mis tios  
me tenian empeñada  
con Don Luis de Vendaval,  
rico y de noble prosapia.  
A mis llantos y gemidos,  
sordos mis padres estaban,  
y mi boda á toda prisa  
con Don Luis preparaban.  
Yo que con odio mayor  
cada día le miraba,  
viendo ya que sin remedio  
se queria mi desgracia;  
con Don Pedro huí una noche;  
noche cruel, noche infausta,  
pues que fué mi amante en ella  
muerto á doce puñaladas.  
Una banda de asesinos,  
que aquel pais infestaba,  
al encuentro nos salió,  
al robo determinada.  
Viéndome jóven y hermosa,  
(horror el decirlo causa)  
diez eran los foragidos,  
yo sola y desalentada:  
ponga un velo la vergüenza,  
y sabed que á la mañana  
en una cama me hallé,  
de esos mónstruos rodeada:  
entre llantos y gemidos  
les pregunté donde estaba;  
dijeron que en una cueva  
que sería mi morada;  
pero que no me alligiera,  
que aunque viviera encerrada,  
si á su gusto les servia,  
no me faltaria nada.  
Hiciéronme entrar entonces  
á unas grandiosas estancias  
que la gran cueva tenia,  
guarnecidas y alhajadas;  
de los robos que hecho habian  
allí el depósito estaba,  
con provisiones de boca,

y vinos de especies varias.  
Despues que todo esto ví,  
á otro cuarto me llevaban,  
que era el último de todos  
los que en la cueva se hallaban:  
Allí habia.... ¡Virgen pura...!  
se me añuda la garganta  
al recordar el horror  
de que se cubrió mi alma;  
allí habia calaveras,  
huesos de persona humana,  
cadáveres sin cabeza,  
y mugeres degolladas:  
niños sin brazos ni piernas,  
y entre aquel horror estaba  
una muger que tenian  
con fuerte argolla amarrada.  
A poca distancia de ella  
un hombre robusto estaba  
tambien atado á una argolla  
y á una cadena pesada.  
Dijo un ladron: aquí están,  
porque la intencion malvada  
tuvieron de huir un día,  
pero bien caro lo pagan.  
Mientras esto me decian,  
otro ladron se llegaba,  
y les dijo: ánimo, amigos,  
que un gran botin nos aguarda:  
á dos leguas de este bosque  
pasarán esta mañana  
unos arrieros muy ricos,  
que vienen desde Vizcaya;  
salgamos al punto todos,  
quede de guardian Simancas,  
y volveremos sin duda  
con lo mejor de sus cargas.  
No bien acabó de hablar,  
cuando toda la canalla  
se fué con él presurosa,  
dejándome allí encerrada:  
era mi tristeza mucha,  
y viéndome tan postrada,

dijo Simancas: muger,  
si quieres, pronto estás salva:  
los dos que presos están  
de acuerdo conmigo andan,  
para huir de aquesta cueva,  
robando á la otra canalla:  
tres hay tambien de los otros  
que hacen parte en la maraña;  
y tan solo una ocasion  
para hacerlo se esperaba:  
si consientes en ser mia,  
y seguirme donde vaya,  
saldremos con los tesoros  
que en esta cueva se hallan.  
En esto corrió á soltar  
la muger y el camarada,  
quienes viéndose ya libres  
de contento se abrazaban.  
Por salir de aquel lugar  
donde me hallaba encerrada,  
de Simancas juré ser,  
y seguirle donde vaya.  
En esto con unos hierros  
que por alli se encontraban  
aunque era fuerte la puerta  
consequimos arrancarla:  
al instante de la cueva  
sacamos muchas alhajas,  
y cargamos cuatro machos,  
que aun en la cuadra quedaban.  
Bien provistos y animosos  
salimos á la campaña,  
cuando otros tres compañeros  
á la cueva regresaban:  
eran de Simancas amigos,  
y como de acuerdo andaban,  
se escaparon de los otros,  
y á los nuestros se juntaban.  
Siete eran nuestra cuadrilla  
provistos de todas armas,  
y yo ya desesperada:  
dejamos la cueva abierta,

y marchábamos con pausa;  
pero dimos con los otros  
á una media legua escasa.  
Acometieronnos ellos  
llenos de furiosa rabia;  
mas no acertaron un tiro,  
y los nuestros no se erraban:  
de cinco que alli venian,  
á la primera descarga  
cuatro cayeron heridos;  
el quinto se nos juntaba;  
mas viendo que era el que hizo  
en mí la primera infamia,  
apenas le tuve cerca,  
el pecho le abrí á estocadas.  
Paga, le dije, traidor,  
paga tu accion temeraria,  
pues estoy por tí sin honra;  
la vida á mi furia acaba.  
Corrimos á los heridos,  
y con mano sanguinaria  
les cortamos las cabezas,  
y les tomamos las cargas.  
Huimos á toda prisa,  
que iba entrando la mañana,  
y á pocos dias de andar  
nos hallamos en Vizcaya.  
Dos años viví con ellos  
feroz y desenfrenada,  
y me cubrí de delitos,  
que horror el contarlos causa.  
Qué infamias no cometimos!  
qué maldades! qué desgracias!  
mas vidas quité yo sola,  
que todos los de mi banda;  
y como ya con nosotros  
otros y otros se juntaban,  
al que no me obedecia  
le daba muerte inhumana.  
Aunque siempre la conciencia  
me roía las entrañas;  
por la muerte de Don Pedro  
estaba desesperada.

Y la infame compañía  
de aquellos con quien andaba,  
de un delito á otro delito  
con su egemplo me incitaban.  
A un padre aborrecia,  
á mi madre detestaba,  
y beber su sangre odiosa  
pretendia con gran ansia.  
Tan horrenda fue mi suerte,  
que estando en una montaña  
detuvimos unos coches,  
que á Madrid se encaminaban;  
iban mis padres en ellos,  
y al verles, desatinada  
al padre maté de un tiro,  
y á mi madre á puñaladas.  
De la sangre que vertia  
iba yo á beber airada,  
cuando espirando la triste,  
conocióme, y me miraba.  
Hija infelice, me dijo,  
tú con nuestra vida acabas;  
mas yo rogaré por tí,  
y el cielo oirá mis plegarias:  
grandes tus crímenes son,  
y al cielo piden venganza;  
pero Dios es compasivo,  
y así, mira por tu alma;  
al decir esto espiró:  
y como si sus palabras  
fuesen una voz del cielo,  
me dejaron asombrada.  
Horror me daba yo misma,  
y ni un punto descansaba,  
meditando en mis delitos  
y en mi suerte desastrada:  
en la noche de aquel dia  
llorando desconsolada,  
sin que pudiese dormir,  
casi me desesperaba.

Cuando me pareció ver  
á mi misma madre amada,  
diciéndome: penitencia,  
que Jesucristo te llama.  
En aquel instante mismo,  
como si fuese inspirada,  
en secreto me escapé  
de aquella gente malvada;  
y como cerca de allí  
un monasterio se hallaba,  
me presenté á la priora  
llorando desatinada;  
contéle mi horrenda vida,  
mis crímenes y desgracias,  
y un asilo le pedia  
donde viviese ignorada.  
Túvome allí algunos meses  
donde con lágrimas tantas  
mis pecados confesé,  
que Dios sosegó mi alma:  
pedí al padre Confesor  
poder vivir solitaria,  
y me señaló esta cueva,  
en donde estoy retirada.  
Aquí en lágrimas continuas  
pido al cielo con confianza,  
que mis delitos perdone  
con su sangre soberana;  
que yo resignada á todo,  
le pido con vivas ansias,  
que haga sufrir á mi cuerpo,  
con tal que salve mi alma.  
Ojalá que con mi historia  
escarmienten las muchachas,  
y vean á que se esponen  
las que abandonan sus casas;  
y así roguemos á Dios  
y á su Madre Soberana,  
que nos dé á todos un dia  
del paraíso la entrada.

F I N.

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, en donde se  
hallarán otros diferentes.*